

## CAPITULO V

## DECADENCIA Y ANARQUÍA. — LAS DINASTÍAS DÉCIMATERCERA Y DÉCIMACUARTA

Así como del largo reinado de Amenemhat III se han conservado muchos monumentos, su hijo y sucesor Amenemhat IV ha dejado muy pocas huellas de su actividad. Su nombre se nos presenta aislado en Nubia y en la península del Sinaí. Este monarca solo ocupó el trono unos nueve años y aun de estos alguno como co-regente de su padre. Sucedióle su hermana y esposa Sebakhnofurú, cuyo nombre encontramos en algunos restos de edificios completamente destruidos del Fayum y que, según el papiro de Turin, reinó tres años diez meses y 24 días. Con ella se extingue la duodécima dinastía que por espacio de doscientos años rigió con mano firme los destinos del Egipto.

La nueva dinastía que entonces subió al trono y que según la cuenta de Manethon es la décimatercera, también procedía de Tebas, al decir de este mismo escritor, que enumera en ella 60 reyes, formando un total de 453 años de gobierno. Sigue después, según el propio autor, la dinastía décimacuarta procedente de Xoís, en el delta, con 76 reyes y 184 (por otro sistema de lectura 484) años. Los extractos no han conservado los nombres sueltos.

Muy poco mas puede sacarse en claro de los monumentos, pues de repente á la abundancia que de ellos se nota en la duodécima dinastía sucede la escasez mas completa. Aun cuando el silencio no es tan absoluto como en tiempo de Pepi, pocos son los edificios, estatuas é inscripciones de los reyes y aun las inscripciones sepulcrales con nombres de reyes que la décimatercera dinastía nos ha transmitido, por mas que sean muchas las losas sepulcrales de Abydos á esta época pertenecientes (1). En cambio, para este período, el papiro real de Turin contiene mayores datos que para los anteriores: de las columnas á este tiempo pertinentes se ha conservado bien una buena parte, de suerte que por ellas podemos conocer los nombres de los reyes y algunas veces el número de años que reinaron. El papiro nombra, después de la duodécima dinastía, unos 130 soberanos, todos pertenecientes á la época anterior á la de los hyksos, es decir, á la de que ahora tratamos. Treinta de ellos — soberanos de la mayor parte de los cuales poseemos también monumentos y que por lo mismo debieron de ser los mas notables — aparecen mencionados además en la tabla de reyes de Karnak, aunque, como de costumbre, sin sujeción á orden alguno cronológico. Las demás tablas de reyes omiten por completo este período y consignan inmediatamente después de la duodécima dinastía los primeros monarcas del Nuevo imperio.

El escaso material de que disponemos nos demuestra, por de pronto, que en esta época los reinados fueron excesivamente cortos. En el papiro de Turin se han conservado mas ó menos completamente, en diferentes pasajes, unos 28 datos relativos á la duración de los reinados y entre ellos sólo hay tres que indiquen un plazo relativamente largo (diez, once y trece años); los demás son de dos, tres y raras veces cuatro años, algunos meses y días y aun algunos apenas llegan á un año ó á pocos meses. Con esto guarda relación la proporción

(1) Mariette atribuye á la época de la décimatercera (hasta la decimaséptima) dinastía 281 estelas funerarias, por 208 que tiene la duodécima y 14 la undécima (á la sexta le asigna 22). En el resto de Egipto son muy contados los mausoleos de esta época que se han encontrado, solo la mayor parte, ó todos los sepulcros de nomarcas de Siut, pertenecen á ella, como también algunos de sumos sacerdotes y príncipes de distrito de Nechent, en Elkab (Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 13 b. c. 62 a.).

entre los muchos reinados y el corto número de años que para toda la dinastía consigna Manethon, por mas que sea de todas maneras muy problemático el valor de las cifras por éste transmitidas.

De estos rápidos y no interrumpidos cambios de gobierno podemos deducir con seguridad que debieron de andar muy mal la firmeza del poder del imperio y la continuidad de la sucesión al trono. Las usurpaciones y las luchas por la corona debieron de ser frecuentes en aquella época, partiendo, así del seno de la misma familia reinante, como de los magnates rebeldes. Los altos funcionarios y todavía quizás mas los príncipes de los distritos lucharon por apoderarse del trono, y no hubo entre los soberanos legítimos ni entre los usurpadores uno solo bastante fuerte para conservar ó restablecer del modo que lo hizo Amenemhat I la autoridad de la corona.

Por estas circunstancias, la dinastía décimatercera no se nos presenta como una familia real cerrada: en el papiro de Turin encontramos, en esta época, algunos cortes que indican el comienzo de una nueva línea real, y aun dentro de esta misma puede á menudo ser solo aparente, es decir, figurada, por medio de matrimonios ó ficciones. Por otra parte, la continuidad no aparece interrumpida completamente, pues algunos nombres de reyes, como el de Sebakhotepe, se reproducen de continuo y los nombres troníficos que algunos soberanos se apropian al subir al trono y que á menudo son los únicos que se consignan en sus tumbas, presentan muchas veces la misma forma. En los primeros soberanos de esta dinastía aparece claramente el enlace con la duodécima, pues muchos llevan el nombre de Amenemhat ó un nombre régio tomado de ésta. Los nombres de Sebakhotepe y de Sebakhemsauw indican también el culto de Sebak, que floreció durante la duodécima dinastía, y la actividad y residencia de los soberanos en el Fayum.

El primer rey de la décimatercera dinastía, Sebakhotepe I, que probablemente estaba unido con sus antecesores por un parentesco de consanguinidad ó de afinidad, solo reinó dos años, tres meses y 24 días; su nombre aparece en los monumentos una sola vez, á saber: en un dato sobre la altura del Nilo consignado en Kumme, Nubia, durante el primer año de su reinado. De sus sucesores no se han conservado las cifras: su dinastía se compuso, al parecer, de doce soberanos, y de estos solo poseemos monumentos del sexto, que llevaba el nombre extrañamente compuesto de Ameni-Antef-Amenemhat: referentes á él se han encontrado en Karnak dos tablas de altares consagradas al dios tebano Amon.

A esta primera serie de reyes siguió como decimotercero soberano uno llamado Ransenib, que probablemente fué usurpador. El papiro de Turin abarca los catorce soberanos siguientes en un solo grupo (n.º 13 27), pero no es probable que constituyeran una unidad completa. Por lo menos, uno de ellos (n.º 18), del cual poseemos varias estatuas de Tanis, tiene por nombre Mermenfit (ó Mermascha'u), es decir, «el comandante de tropas», y su tercer sucesor Sebakhotepe IV fué hijo de un Mentuhotepe que parece haber entrado por medio de un matrimonio en la familia real. Sebakhotepe IV solo reinó tres años y dos meses, sucediéndole Neferhotepe, hijo de Ha'ancheff, es decir, otro hombre de condición particular, que parece haber sido el monarca mas poderoso de este tiempo y haber ocupado el trono once años. En los documentos oficiales se llama á sí mismo «hijo de la reina madre Kema.» Muchos pequeños monumentos, una estatua y una gran inscripción se conservan de él. En cambio su hijo mayor, Se-hathor, no fué rey mas que dos meses, sucediéndole su hermano Sebakhotepe V, de quien se han encontrado muchas estatuas colosales en Tanis, en la alta Nubia y en otros pun-

tos. No se sabe cuánto duró su reinado. De sus tres sucesores nada se puede decir.

Mas deficientes son todavía los datos que poseemos acerca de la inmediata serie de soberanos que comienza con Ai (n.º 28): éste reinó 13 años, 8 meses y 18 días y sus cuatro sucesores solo reinaron 2, 3, 3 y 5 años respectivamente. Los monumentos hácese cada vez mas raros: alguna que otra inscripción religiosa de Abydos ó de Tebas, algunas noticias sobre restauraciones de templos ó de regios mausoleos, escarabajos con nombres de reyes, una estatua de un Sebakhotepe VIII, en Tanis, y otra de un Sebakhemsauw, en Abydos, son todo lo que en sustancia poseemos (1). También encontramos al rey Sebakhemsauw (2) en Wadi-Hammamat, donde mandó arrancar piedra durante el séptimo año de su reinado, de lo cual se desprende que fué de los pocos que en esta época tuvieron un reinado largo: en los monumentos se hace varias veces mención de su esposa Nubcha's, que probablemente era de estirpe régia. Una hija de este rey se casó con Ai, el conde de Nechebt.

Por lo general, se ve que en Egipto debió de existir entonces un estado de cosas espantoso, parecido al que reinó en el imperio romano en el siglo tercero, en que desde Cómodo á Diocleciano pueden contarse unos sesenta emperadores, incluyendo en este número los pretendientes efímeros. Así como en Roma no se puede formar concepto de la historia de este período por la simple lista de nombres, con los datos, en su mayor parte ficticios y muchos de ellos confusos, relativos á los años de los reinados, del mismo modo es imposible formar concepto de esta época histórica del Egipto. Después de doscientos años de una paz interior y exterior apenas interrumpida y de una organización política en apariencia sólida, el poder del gobierno vuela hecho pedazos en el reducido valle del Nilo, del mismo modo que en aquel imperio universal: ninguna tentativa de cuantas se hicieron para restablecerlo tuvo éxito duradero, hasta que por fin la crisis permanente engendra una nueva organización del Estado. En el imperio romano son los cuerpos de ejército y sus comandantes los que no reconocen autoridad alguna, procurando cada uno conquistar el poder para sí. Algo análogo parece haber ocurrido en Egipto, como lo demuestra el nombre de Mermenfit. Sin embargo, también podría suponerse que con la décimatercera dinastía se consumó en primer término la crisis del Estado feudal, que el sistema feudal se disgregó y que los príncipes de los distritos se esforzaron por conquistar su independencia y por conseguir la corona (3).

En medio de estos no interrumpidos desórdenes, la forma exterior del Estado sigue siendo aquí, como en el imperio romano, la misma en el fondo. El antiguo edificio subsiste incólume durante uno y quizás durante dos ó mas siglos, á pesar de estar carcomido hasta en sus cimientos. Con solo mirar los monumentos y las inscripciones funerarias de la décimatercera dinastía, veremos que todo parece continuación del tiempo antiguo. Los títulos de los funcionarios, la

(1) La lista de los restos de este tiempo se encontrará en mi *Historia de la Antigüedad*. Hay además una estela de piedra caliza de origen ignorado, en la cual está representado un rey hasta ahora desconocido Upuatemsauw (con el dictado de «Ra'sechem nefercha'u») adorando al Upuat de Abydos (*Revista Egipcia*, 1885, pág. 80).

(2) Además del aquí citado hay por lo menos otros dos reyes de este nombre, uno de los cuales, según Mariette: (*Abydos*, tomo II, 26 c.), fué hijo del que mencionamos.

(3) Se ha conservado alguna huella de estas relaciones en el hecho de que en la *excerpta Barbari* — tomada de Africano, aunque muy desfigurada — los reyes de las dinastías 13-18 (en Barbarus equivocadamente 12-17) vengán designados con los nombres de *Bubastanis*, *Taniti*, *Sebenniti*, *Memfiti*, *Eliopoliti*, *Ernuopoliti*, tan distintos de los nombres de las dinastías de Manethon?

manera de hablar de sus servicios, de sus relaciones con el rey y de los encargos de éste, son idénticos á los de la duodécima dinastía. En ninguna parte se ofrece á nuestra consideración un cambio como el que encontramos al final del Antiguo imperio. Los mismos condes de distrito de Saiut, si es que realmente pertenecen á esta época, hablan en sus sepulcros de su situación respecto de los súbditos y del rey de la misma manera que uno ó dos siglos antes hablaban los de Men'at Chufu y de Hermópolis, pudiendo decirse lo propio de los condes y altos sacerdotes de Nechebt. Ni estas inscripciones ni las sepulcrales de los funcionarios y particulares del siglo tercero después de Jesucristo demuestran que el Estado ha sufrido una terrible conmoción. Cuando un rey permanece en el trono un tiempo relativamente largo, se manda construir una tumba y erigir sus estatuas en los templos — ya hemos dicho que se encuentran muchas de estas en Abydos, Karnak y especialmente en Tanis, — comienza á restaurar ó á ensanchar los templos y monumentos de sus padres y de los dioses erigidos en los principales centros del culto del imperio, como Tebas, Abydos, Saiut y otros, y pocos días después sucumbe quizás ante la revolución ó perece á manos de un asesino que luego ocupa el trono. Una gran inscripción de Abydos refiere que el rey Neferhotepe, en el segundo año de su reinado, se estableció en el trono de Horo en el palacio «edificio de las bellezas» (4) y manifestó á los nobles y amigos de su séquito, á los verdaderos escribientes de la palabra de Dios (es decir, á los secretarios régios) y á todos los consejeros secretos, los vivísimos deseos que tenía de ver el libro del círculo de dioses de Tum para conocer su forma primitiva y sus disposiciones respecto de sus templos, pues que le habian destinado á ser su heredero y el jefe supremo de Egipto. Por consejo de su corte dirigióse el rey, acompañado de ella, á la casa de los libros, donde encontró, en un escrito sagrado, la descripción del templo de Osiris en Abydos, resolviendo hacerlo construir «para hacerse agradable á su padre (el dios)» y demostrarle la gratitud que como su sucesor en el trono le debía á él, «el generador de su generador.» Después de haber obtenido el consentimiento del dios, mandó el rey ejecutar la obra. La inscripción termina con un largo himno al dios (5). De la misma manera se hablaba y se obraba durante la duodécima dinastía, según lo demuestran muchos pequeños textos.

El poderío exterior del imperio tampoco se debilitó por el momento. La península del Sinaí es el único territorio que no tiene monumentos de la décimatercera dinastía; en cambio encontramos en Wadi-Hammamat el nombre de Sebakhemsauw y mas arriba hemos dicho que en tiempo de Neferhotepe existían todavía las relaciones con Punt. También el valle del alto Nilo estaba completamente sometido. Funcionarios régios arrancaban piedra de Kusch (6) y en Semne y en Kumme se señalaban aun en tiempo de Sebakhotepe III las alturas del Nilo, y en la fortaleza de Usertes III habia una guarnición cuyo coronel era entonces «el tesoro y comandante de tropas» Ransenib (7). En la isla de Argo, mas arriba de la tercera gran catarata (19 y 1/2° de latitud Norte), se ha encontrado una colosal estatua de granito de Sebakhotepe V, hijo de Neferhotepe, que, á juzgar por este dato, hubo de llevar sus conquistas mas allá de las fronteras trazadas por Usertes III. Y como del propio soberano se han encon-

(4) Según todas las probabilidades, en Menfis, sin embargo, para ir de la residencia á Abydos hay que remontar el río.

(5) Mariette: *Abydos*, tomo II, 28-30. El texto está desgraciadamente muy mutilado, pero un minucioso análisis no dejaría de ser altamente recompensado.

(6) Mariette: *Abydos*, 929.

(7) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 151 c.

trado una estatua en Tanis y probablemente otra en Bubastis, puede asegurarse que en su tiempo el imperio no perdió ninguno de sus territorios.

No puede hacerse tan rotunda afirmación respecto de los soberanos que ocuparon el trono después de la familia de Neferhotep. En Tanis no se ha descubierto nada ni en Nubia ha aparecido inscripción alguna posterior a Sebakhhotep VIII. Los reinados van siendo cada vez más cortos y los cambios que ocurren en el trono son cada día más irregulares. No es solo la organización política la que se nos presenta en extremo desordenada; también el bienestar del país debió de sufrir mucho, disminuyendo asimismo considerablemente la población a consecuencia de las continuas luchas. Por lo mismo es de sentir, quizás más que en los últimos tiempos del Antiguo imperio, que no nos sea permitido echar una ojeada sobre esta progresiva destrucción, lenta y ciertamente fecunda en interesantes episodios.

Ya hemos dicho que, según Manethon, a la décimatercera dinastía sucede una décimacuarta con 76 reyes procedentes de Xoïs. Entre todas las dinastías egipcias, de esta es de la que menos datos poseemos, no siendo posible formular acerca de ella una sola hipótesis que tenga fundamento. Xoïs, en Egipto Chasau, está situada en la parte occidental del delta, bastante cerca del centro de éste y no muy distante de Saïs. ¿Cabe suponer que la soberanía aquí fundada lo fue por invasores libios? ¿Partió del delta occidental una usurpación realizada por magnates indígenas? ¿Dominaron los xoitas todo el país o solo una parte? ¿Han sido sus nombres inscritos en el papiro de Turin? Los 130 soberanos que en éste se mencionan después de la duodécima dinastía, ¿han de ser distribuidos entre la décimatercera y la décimacuarta o pertenecen exclusivamente a la décimatercera? ¿Reinaron los xoitas simultáneamente con los últimos reyes de la décimatercera dinastía o se entronizaron después de ésta? ¿Conocemos nombres de reyes y monumentos que puedan atribuirse a ellos o se han perdido por completo para nosotros? Finalmente, ¿gobernó al mismo tiempo que los hyksos una parte de los reyes de la décimatercera y de la décimacuarta dinastías? A ninguna de estas preguntas puede darse una contestación que tenga siquiera algunos visos de probabilidad.

No necesitamos insistir en que es imposible de todo punto apreciar el período de tiempo que en la historia ocupan las dinastías décimatercera y décimacuarta. Partiendo del principio de que casi todos los reinados fueron excesivamente cortos, de que una parte de los soberanos citados en el papiro de Turin fueron probablemente contemporáneos de los hyksos y de que muy probablemente el papiro, como hace ya con la duodécima dinastía, pone uno después de otro reinados que total o parcialmente fueron simultáneos, no aparecerá como completamente injustificado, a falta de otro, el período de 150 años que en las fechas mínimas se hace mediar entre el final de la duodécima dinastía y la irrupción de los hyksos.

Solo un hecho es positivo, a saber: que los egipcios no salieron de la anarquía permanente en que habían caído por esfuerzos o reformas interiores sino por la acción del exterior.

## CAPITULO V

### LA DOMINACION EXTRANJERA

Manethon en el libro segundo de «sus Memorias» dice: «Reinaba entre nosotros un rey llamado Timaos, y durante su gobierno, la divinidad, no sé por qué razón, se nos mostró hostil, y contra todo lo que era de esperar, algunas gentes del Este de miserable origen se atrevieron a lanzarse sobre

el Egipto, y fácilmente, sin lucha alguna, se apoderaron violentamente de él. Después de haber subyugado a los jefes del país, incendiaron las ciudades y destruyeron los templos, tratando con la mayor enemistad posible a los indígenas, matando a muchos de ellos y llevándose como esclavos a muchos otros con sus mujeres e hijos. Por fin proclamaron rey a uno de ellos mismos llamado Salatis, el cual llegó a Menfis, se hizo pagar tributos en el alto y en el bajo país y dejó guarniciones en los lugares que le parecieron más a propósito, asegurando sobre todo los territorios orientales, pues temía el ataque de los entonces poderosos asirios.» Esta es una opinión del autor que no tiene ninguna importancia histórica: los asirios no fueron poderosos hasta mucho después de lo que dice Manethon fundándose en las ideas que en su tiempo circulaban. «Cuando Salatis hubo encontrado en el distrito sethroítico, al Este del brazo del Nilo bubástico, la ciudad de Auaris, admirablemente situada, la colonizó y la fortificó en extremo, dotándola de una guarnición de 240,000 hombres perfectamente armados para que la vigilaran. A ella se dirigió durante el verano, en parte para recoger trigo y oro, en parte también para ejercitar cuidadosamente a las tropas a resistir los peligros del exterior... el pueblo se llamaba pueblo de los hykussos, es decir, reyes pastores.»

Esta relación del historiador egipcio (1) constituye todavía hoy el fundamento de todo cuanto sabemos acerca de la invasión de los hykussos o de los hyksos, como decimos generalmente apoyándonos en la forma en que el nombre aparece escrito en los malos manuscritos. No contiene nada más utilizable y únicamente se pueden tomar de él las líneas generales de los sucesos, que están en parte confirmadas y en parte justificadas y completadas por los pocos datos que en los documentos de esa época existen. Nunca, sin embargo, se ha conseguido hacer una descripción detallada de la historia de los hyksos.

La interpretación que hace Manethon del nombre de hyksos parece ser exacta (2): *hag*, plural *hagu*, significa soberano, príncipe, y *schasu* es el nombre con que durante el Nuevo imperio se suele designar a los beduinos de la península del Sinaí. En los monumentos no se encuentra el nombre de hyksos, pero aparece una vez (3) la calificación equivalente de *Mentiu setet*, es decir, los Mentius de la montaña, del desierto: el nombre de mentiu es el que, en el Antiguo imperio, designaba a los beduinos del Sinaí, el cual después fue sustituido por el de schasus. El lenguaje popular los llamaba comúnmente *aad*, «el enemigo mortal» (4), expresión que se aplicaba también a los rebeldes (5). En cambio, una inscripción recientemente descubierta de la reina Ha'tschepsut, que gobernó al principio de la décimocarta dinastía, los denomina simplemente *amus*, es decir, habitantes de las comarcas sirias (6).

De todo ello resulta que los hyksos eran tribus emigrantes cananeas para las cuales la impotencia del gobierno egipcio fue un atractivo y un medio para penetrar en el rico país del

(1) Se ha transcrito en Josefo, que la ha conservado porque, en su afán por demostrar la verdad de la narración bíblica apoyándose en escritores profanos, ha llegado a la extravagante conclusión de que los hyksos no eran sino José y sus hermanos. Los escritores cristianos antiguos y modernos han deducido luego de aquí una porción de combinaciones, buscando en el rey hykso Apopis el Faraon de José.

(2) Podemos prescindir de las demás significaciones consignadas por Josefo. En las transcripciones de las palabras egipcias citadas en el texto las vocales son, como siempre, problemáticas.

(3) Inscripción de A'ahme, línea 16.

(4) Papiro salio I. Inscripción de Merneptah, línea 39.

(5) Inscripción de A'ahme, línea 19.

(6) *Recueil de travaux*, tomo III, pág. 3, tomo VI, tab. 3, línea 37.— También en el papiro salio I se ha buscado, aunque sin motivo, este nombre.

Nilo (1). Los nómadas del desierto han invadido en todos tiempos, lo mismo en la antigüedad que actualmente, los territorios cultivados. Como en ninguna parte se les opuso seria resistencia, aquellas hordas bárbaras y sedientas de botín avanzaron incendiando y saqueando poblaciones, llevando probablemente consigo, como todos los nómadas, sus mujeres y sus niños. La reina Ha'tschepsut refiere el movimiento de los invasores en los siguientes términos, que no difieren mucho de los de Manethon: «Restablecí lo que había quedado destruido cuando los *amus* se encontraban en el país del Norte y en la ciudad Hatu'art, y los beduinos (2) entre ellos destruyeron los edificios. Dominaron sin respetar al dios Ra, nadie obedecía la voluntad de Dios hasta que yo subí al trono de Ra.»

Que Menfis cayó en poder de los hyksos dícenlo los extractos de Manethon y sobre ello no cabe la menor duda: los invasores avanzaron quizás hasta el Alto Egipto, pero la afirmación hecha por este autor de que sometieron a todo el país y dominaron en él por espacio de muchos siglos parece fundarse en un error, pues los antiguos datos egipcios solo les atribuyen la soberanía sobre el Bajo Egipto. De la misma manera que Ha'tschepsut, califica casi tres siglos después la reina Merneptah el tiempo de los hyksos de «época de los reyes del Bajo Egipto, pues el país de Egipto estaba en su (poder) y lo conservaba el enemigo mortal, mientras que los reyes del Alto Egipto (eran impotentes).» En los monumentos de Abydos y de Tebas no se encuentra tampoco huella alguna que indique una dominación extranjera en estos territorios (3). Por tanto, casi podríamos admitir sin reparo que los descendientes de la dinastía indígena, los últimos reyes de las dinastías décimatercera y décimacuarta, se mantuvieron firmes, durante la época de los hyksos, en el país alto, en donde fueron reuniendo poco a poco fuerzas para la resistencia.

La invasión de los hyksos tiene mucha semejanza con la conquista de Egipto realizada por sus afines de raza, los árabes, durante el siglo VII de la era cristiana. En ambos casos la tribu salvaje del desierto penetra con irresistible empuje en el país civilizado y perfectamente cultivado, pero destruido interiormente y postrado por luchas intestinas, para explotar y gozar de sus tesoros y de sus ricos productos. Así como los árabes no se encontraron seguros al otro lado del gran río, difícil de atravesar, y por consecuencia fundaron enfrente de Menfis la nueva capital del Cairo, del mismo modo los hyksos eligieron su capital en el borde oriental del delta, en el punto en que el camino del desierto lleva al valle del Nilo y antes del primero de los muchos brazos de este río. De esta suerte no podían serles cortadas las comunicaciones con su patria africana. Los monumentos, lo propio que Manethon, señalan como su principal residencia Hatu'art (que ya enton-

(1) En los extractos de Manethon se designa a los hyksos parte como árabes y parte como fenicios. En este punto me toca retirar la hipótesis que había sentado de que eran idénticos con los elamitas que a fines del tercer milenario invadieron a Babilonia. Esta hipótesis descansaba en la idea equivocada de que pertenecían a los hyksos los monumentos citados más arriba, en los cuales aparecen retratos de gentes que no son en manera alguna semitas. Otros han formulado hipótesis análogas, y no sería imposible que dichos pueblos, como los turcos y mogoles, procedieran de muy lejos, pero los párrafos en el texto citados impiden realmente toda duda acerca del origen de los hyksos.

(2) Esto indicará probablemente el jeroglífico . La palabra está determinada por la figura del cazador.

(3) Un escarabajo de Abydos que, según Wiedemann: *Historia Egipti*, pág. 295, debía llevar el nombre del rey hykso Apopis, lleva en realidad el de Pepi I. Mariette: *Abydos*, tomo II, 40.

ces se pronunciaba Hau'ar). No se conoce todavía el sitio en que la ciudad estuvo situada; pero la descripción de Manethon es suficiente para designarlo en términos generales, y según ella no distaba mucho de Tanis ni de Sethroe, estando probablemente muy cerca de la que después fue fortaleza fronteriza conocida con el nombre de Dafne (4). Sus reyes debieron también de residir en Tanis, donde encontramos sus huellas.

Por más que los conquistadores no se propusieran por de pronto más que saquear y explotar el país, no pudieron permanecer mucho tiempo, como los árabes y los mogoles, sin una organización política vigorosa. El país culto no podía ser tratado de la misma manera que las praderas y los páramos del desierto; la civilización no podía tampoco volver atrás y los conquistadores no deseaban naturalmente renunciar a las ventajas que les proporcionaba. Para percibir los impuestos y para administrar el país, que había de ser conservado en un estado de relativa actividad, era imprescindible el auxilio de los escribientes y de los funcionarios egipcios. En su consecuencia, los conquistadores debieron de asimilarse por lo menos las exterioridades de la civilización egipcia. Esto no obstante, ignoramos el estado político que entre ellos rigió por de pronto y no sabemos si al frente de ellos había uno solo o varios caudillos; pero muy luego consiguieron una organización del Estado que adoptó las formas externas de la monarquía egipcia. Los reyes hyksos se nos presentan en los pocos monumentos que respecto de ellos conocemos como continuadores de los Faraones y llevan el título completo de «hijo de Ra» y además, siguiendo la antigua costumbre, un nombre régio que los designa como encarnación de su dios nacional Sutech (véase más abajo) y aun en parte del dios del sol. Lo que ignoramos es lo que debajo de esta capa existía. Es poco probable que los súbditos indígenas obtuviesen derechos políticos, siendo de suponer que los conquistadores exclusivamente formaban la casta dominante, que, como la de los Osmanes, se mezclaba poco con los vasallos y tenía dominada hasta al mismo rey.

Manethon divide a los reyes hyksos en tres dinastías: a la primera (décimacinta) le asigna seis soberanos (5), cada uno de los cuales hubo de gobernar por término medio 40 años: en la tradición desfigurada que ha llegado hasta nosotros no aparece fija la suma total. Sigue luego la dinastía décimasexta, de la cual no sabemos el número de soberanos, y en cuanto a su duración total difieren mucho entre sí las tradiciones. Según los datos de Josefo, ambas dinastías gobernaron en conjunto 511 años, mientras que el cálculo de Africano señala para este período 802 ó 602. Como se ve, por un lado la tradición está tan corrompida que nada seguro podemos deducir de ella; y por otro, Manethon consigna cifras demasiado elevadas y de todo punto imposibles que no permiten formar un juicio exacto de la verdadera duración de la soberanía extranjera. Según Manethon, viene después una tercera dinastía de hyksos compuesta de 43 reyes, que es la décimaséptima de la serie total y durante la cual reinaron simultáneamente 43 reyes tebanos que se hicieron independientes en el Alto Egipto y comenzaron la lucha contra los extranjeros. El período de la décimaséptima dinastía debió abarcar 151 ó 211 años. De los reyes tebanos a ella pertenecientes solo conocemos a los últimos, durante cuyos reinados terminó la lucha de la independencia. Es probable que estos reyes sean los sucesores poco menos que inmediatos de los últimos soberanos.

(4) Las antiguas identificaciones favoritas con Tanis ó Pelusium, están hoy completamente desechadas.

(5) Los nombres son Salatis (19 años), Bnon (44 años), Apachnan (36 años 7 meses ó 61 años), Aphophis (61 años) Staan (y variantes, 50 años un mes) y Asseth (ó Archles, 49 años 2 meses).

nos de la dinastía décamatercera ó décamacuarta, pues, como hemos visto, el Alto Egipto no fué probablemente sojuzgado nunca por los hyksos.

Aquí podemos anticipar el hecho de que, teniendo en cuenta lo que resulta de los monumentos, es imposible que los hyksos dominaran en Egipto ni siquiera aproximadamente todo el tiempo que indican los datos de Manethon. En Abydos, las lápidas sepulcrales del Nuevo imperio vienen inmediatamente despues de las dinastías décamatercera y décamacuarta, no habiendo nada que indique una larga interrupcion. De la misma manera, de las tumbas de los nomarcas que existen en Elkab las mas antiguas pertenecen á la dinastía décamatercera y las mas modernas á las primeras generaciones del Nuevo imperio, del propio modo que en el Egipto central los sepulcros de la duodécima dinastía siguen inmediatamente á los de la sexta. Tambien en Tebas los monumentos de las dinastías decimaséptima y decimoctava casi se tocan con los del imperio Medio. En el idioma y en las ideas se realizan poco á poco muchas modificaciones, pero en ninguna parte encontramos el corte profundo que necesariamente habria producido una dominacion extranjera de quinientos años, antes al contrario, en el Alto Egipto parece conservarse por completo la continuidad. Es muy posible que nuevos descubrimientos vengán á enseñarnos lo contrario, pero, mientras tanto, difícilmente podremos decidirnos á atribuir mas de 250 años á la dominacion de los hyksos desde su invasion hasta su expulsion (1). Los hechos consignados en la historia china, como por ejemplo los dos siglos y medio de dominacion de los manchues, y tambien los trescientos cincuenta años de dominacion de los turcos sobre la Grecia, nos demuestran cuán poca confianza debe inspirar toda tentativa que basándose en cálculos generales tienda á fijar la duracion de una dominacion extranjera.

De los reyes hyksos solo son conocidos unos pocos, gracias á datos contemporáneos, procedentes en su mayor parte de Tanis. Del rey Ra'aqenen («el Ra muy valiente») Apopi—el nombre se deriva del Aphophis de Manethon—poseemos una tabla de sacrificios procedente, segun todas las probabilidades, de Menfis, que este soberano consagró á «su señor, el Sutech de Hatu'art.» Este mismo rey hizo esculpir su nombre en los brazos del coloso de Mermenfit y en los hombros de la esfinge reproducida en la página 188. De otro Apopi (Ra'a user, «el Ra muy poderoso») poseemos una escribanía de madera que regaló al escribiente Atu. En el año 33 de su reinado se escribió un papiro que contiene los fundamentos de las matemáticas. El nombre de otro soberano hykso que probablemente se llamó Nubti, es decir, «el Sutech de oro,» se encuentra escrito en una estatua que existe en Tell Mokdam, en Tanis; este rey es muy posible que sea el mismo que otro llamado tambien Nubti, que lleva el dictado de «Sutech el gran poderoso» y á nombre del cual encontramos fechada, cuatrocientos años despues, una inscripcion de Tanis, del tiempo de Ramesces II. Es muy extraño que con los hyksos se enlace una cronología, cuando los egipcios no la han podido conseguir nunca. Desgraciadamente no sabemos cuándo comienza. La fecha solo determina con seguridad que los hyksos dominaron 400 años antes de Ramesces II (en 1300 antes de Jesucristo), y segun todas las probabilidades la época de la era coincide casi con los principios de la soberanía de los hyksos:

Los invasores semitas importaron naturalmente en Egipto sus dioses, sobre todo el «Señor,» Ba'al, y probablemente la Astarté y otras divinidades. Para los egipcios, el principal dios de aquellos era idéntico á Set, ó, como se decia en el

(1) Este cálculo está basado en las fechas mínimas.

delta, á Sutech, el señor del extranjero, que segun parece habia sido anteriormente adorado en el territorio de Tanis, identificacion que los conquistadores vieron con gusto. «El rey Apopi—dice un papiro de la décimanovena dinastía que habla en tono de cuento de la caída de los hyksos—tomó por señor á Sutech y no sirvió á ningun otro dios de Egipto. Construyó para él un templo de hermoso y duradero trabajo.» Ya se comprenderá que en esto hay una exageracion. Es cierto que no pudo haber destitucion ó persecucion de los dioses y á pesar de que Ha'tschepsut dice que los extranjeros no se cuidaron de Ra, los citados títulos de reyes demuestran que no le consideraron como enemigo; pero de todas maneras el dios nacional verdadero era entre los hyksos Sutech, así como entre los egipcios lo era Ra Harmachis. Los hyksos se llaman en las inscripciones «favoritos del Sutech de Auaris.»

La importancia histórica de la dominacion de los hyksos estriba principalmente en que con ella se restableció una estrecha y no interrumpida union con las comarcas sirias. Multitud de comerciantes é industriales cananeos acudió á Egipto, y por esto en el Nuevo imperio, especialmente en el Bajo Egipto, se nos ofrecen cada día mas nombres de personas y cultos cananeos y ganan cada vez mayor terreno en el idioma egipcio las palabras cananeas. Cuán activo era el tráfico nos lo demuestra la circunstancia de que una obra de medicina escrita 1550 años antes de Jesucristo (2) contiene una receta para los ojos inventada por un Amu de Kepni, es decir, probablemente de la ciudad fenicia de Byblos. Por lo demás, no es de todo punto imposible que la dominacion de los reyes hyksos se extendiera hasta muy adentro de la Siria (3).

Otro presente llevaron los hyksos á los egipcios, el caballo. La patria de éste es indudablemente la gran estepa turánica, desde donde—á principios de los tiempos históricos—parece haber pasado á los pueblos meridionales del Este y del Oeste. De todas maneras, los egipcios del Antiguo y del Medio imperio no habian visto un caballo, de modo que cuando no apelaban á las fuerzas humanas—que era lo mas comun—empleaban el buey y el asno para el transporte de hombres y mercancías. En cambio, desde la época de los hyksos encontramos el caballo en todas partes. Como en todos los pueblos, el caballo no sirvió en Egipto al principio para montar, sino para tirar, siendo de notar que el nombre del carro, así del de carga (*'agrat*, se pronuncia *'aglat*) como el carro de guerra (*merkabat*) en que van los guerreros con el cocher, proceden de Siria. La introduccion del caballo tuvo extraordinaria importancia, sobre todo por la revolucion que en el arte de la guerra produjo. El hecho de pelear al lado de la infantería los guerreros desde sus carros significa una revolucion tan grande como la invencion de la pólvora y el perfeccionamiento de la artillería. Esta revolucion militar influyó tambien profundamente en las relaciones sociales: las guerras exigieron entonces mayores gastos y mayor práctica que antes, y la posesion y la manutencion de un caballo de guerra solo están al alcance de la nobleza rica ó de una clase guerrera espléndidamente remunerada. Ya veremos cómo muy pronto se dejaron sentir en Egipto estos efectos, pero desde luego solo haremos notar que igual manera de hacer la guerra es comun á toda el Asia anterior. De la misma manera que entre los egipcios del Nuevo imperio, combatía en carros entre los sirios y los asirios y aun entre los helenos del tiempo de Homero, aque-

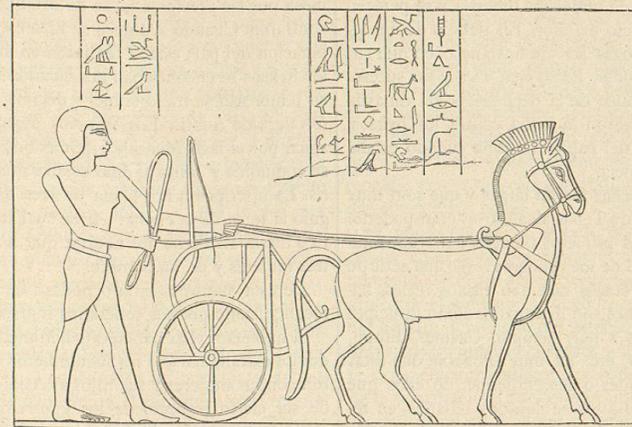
(2) El papiro de Ebers; la fecha en que fué redactado puede fijarse por una fecha de Sothis. Desgraciadamente el nombre del rey, en cuyo noveno año de reinado fué escrito, es completamente ilegible.

(3) El que fuese aficionado á hipótesis aventuradas podria establecer una relacion entre esto y el enlace de la edad de Hebron con la era de Tanis.

lla parte del ejército que podemos designar como caballería.

Los hechos citados, con ser muy deficientes, nos demuestran que si en un principio fueron los hyksos una calamidad para el país, no ejercieron en éste exclusivamente una influencia funesta y destructora. Bajo el punto de vista político, su

dominacion puso término á la anarquía que en el valle del Nilo reinaba, y en cuanto al desarrollo material é intelectual, si bien lo obstruyeron bajo muchos conceptos, no llegaron á matarlo, antes al contrario, la soberanía extranjera permitió que se agruparan nuevas fuerzas. El cultivo de la escritura



Carro de lucha del nomarca Paher de Elkab (segun Lepsius).

Sostiene las riendas el cocher Chenmem.

pudo estancarse á lo sumo en los primeros tiempos, pero ya hemos dicho que poseemos un manuscrito de una obra de matemáticas escrita durante la dominacion de los hyksos. Casi no necesitamos decir que en esta obra, como en todas, la ciencia es tratada bajo el punto de vista de la utilidad práctica. Tambien el gran papiro médico de Ebers fué escrito

probablemente durante la dominacion extranjera. Mas adelante veremos de cerca cómo la teología y la especulacion estuvieron en plena actividad durante el largo período de la anarquía y del gobierno de los hyksos y cómo en ellas se desarrollaron hasta llegar á sus consecuencias las ideas que habian prevalecido en el imperio Medio.

## LIBRO TERCERO

### EL NUEVO IMPERIO

#### CAPITULO PRIMERO

##### EXPULSION DE LOS HYKSOS Y REESTABLECIMIENTO DEL ESTADO EGIPCIO

«Despues que los reyes pastores hubieron reinado por espacio de algunos siglos en Egipto—dice Manethon,—los señores del territorio de Tebas y del resto del país se levantaron contra los extranjeros, estallando entonces una encarnizada y larga guerra.» Cuarenta y tres reyes pastores y cuarenta y tres reyes tebanos, segun sus datos, gobernaron por aquel tiempo simultáneamente durante un período de 151 (ó 221) años. Esta fué la llamada decimaséptima dinastía.

Una narracion, de la cual se ha conservado un fragmento en un papiro, nos explica esto de una manera gráfica. «Sucesió, dice, que el país de Qemt cayó en poder de los enemigos

mortales, no habiendo allí ningun rey cuando esto aconteció. El rey Ra'sqenen era entonces soberano del país del Sur, pero los enemigos... y su caudillo Apopi estaba en la ciudad de Hatu'art.» Añade luego que todo el país llevó presentes á Apopi, el cual escogió como dios á Sutech y le construyó un templo. «Y despues de muchos días envió Apopi una embajada al príncipe del Sur, y pidió noticias acerca de un pozo. Esta demanda puso perplejo á Ra'sqenen quien convocó á todos sus magnates para comunicarles la embajada, pero ninguno de ellos supo dar una contestacion.» Aquí se interrumpe en mitad de un párrafo la narracion, que ha llegado á nosotros muy incompleta, y nos deja sin saber si se trata de una cuestion de fronteras ó si se refiere un cuento, como con gran ingenio supone Maspero, en el cual un soberano propone enigmas á otro amenazándole con saquearle si no logra resolverlos.

De todas maneras, el ropaje de la narracion es legendario,